



SÁNCHEZ TORTOSA, José, *El profesor en la trinchera*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, 180 pp. ISBN: 978-84-9734-718-1

Chiara Atzori

(Centro di Formazione Professionale CFP Cebano Monregalese, Ceva, Italia)

Presentar un diagnóstico de la situación de la enseñanza media en España es la motivación que ha guiado los recientes esfuerzos literarios de José Sánchez Tortosa, profesor de Filosofía en el Centro de Enseñanza Santa Cristina de Madrid. Una declaración de guerra es lo que parece asomarse desde la portada de la obra. La terminología bélica empleada a través de palabras como trinchera, tiranía, guerra – y varias otras en el texto – se deben a la intención del autor de aludir a los planteamientos filosóficos de Heráclito de Éfeso, según el cual todo se engendra a través de la guerra. Sánchez Tortosa, inspirado por las palabras del pensador griego, nos habla de las constantes batallas campales que están llamadas a experimentar a diario, en las aulas y en los pasillos de los institutos, todas las personas que comparten con él la profesión del enseñante.

Se trata de una lucha esencial en la que se enfrentan dos bandos: por un lado los profesores que tratan de debelar la ignorancia, y por otro la casi totalidad de los alumnos que hoy día confunden al aliado (el profesor) con el enemigo (la ignorancia), rindiéndose a éste último por exceso de comodidad.

La educación en la época moderna es un asunto de gran actualidad. Los rápidos cambios en el ámbito socio-cultural y político, las carencias de los sistemas administrativos centrales que no amparan y no valorizan a los profesionales de la enseñanza son cuestiones que afectan directamente a la educación y al papel del profesor. De hecho, los enseñantes llegan a convertirse en figuras poco respetadas y están obligados a desempeñar incluso funciones paternalísticas que deberían quedar totalmente ajenas a esta profesión.

Está claro que la idea de educación así como la entendía Sócrates, basada en la libertad y en el principio de igualdad y democracia, resulta imposible de aplicar en nuestra sociedad. Los estudiantes adolescentes, cada vez más respaldados por los familiares,

llegan a entender que el profesor no tiene ninguna autoridad y tampoco el derecho de ejercerla, se niegan a ver la realidad por lo que es -algo diferente del mundo que soñaban-, y se resisten a actuar como personas libres quedándose confundidos en el anonimato del “grupo”.

Sin embargo, la atenta mirada del autor nos impide sacar conclusiones superficiales y catastróficas. Sánchez Tortosa nos recuerda que han cambiado el panorama y el contexto histórico y que ya no nos encontramos en la Atenas del siglo V antes de Cristo, pero la cuestión que se trata no es novedosa: desde la época de Sócrates y Platón, la educación es el planteamiento central de la filosofía, el asunto del que dependen todos los problemas humanos. Esta lucha, esta resistencia frente al conocimiento, es un asunto añejo. Antiguo es el miedo del hombre a salir de la cueva de la ignorancia, siendo ésta la condición natural que heredamos por nacimiento y que por lo tanto no nos cuesta ningún esfuerzo. Al contrario, el conocimiento se adquiere de manera artificial, empleando la razón y por eso, por lo menos al principio, provoca un sentimiento de pérdida, de extrañamiento que puede asustar. La base teórica que el autor expone en el texto para demostrar su tesis se refiere al mito platónico de la caverna que evidencia la naturaleza del conocimiento y de la condición humana, a la cual se añade el ejemplo moderno de la película *Matrix*.

La reacción de todo individuo que pierde la certidumbre de las referencias de su mundo –aunque sea un mundo en el que no cuenta nada y del que no sabe prácticamente nada- es violenta y es casi siempre un rechazo. El caso de Spiderman-Peter Parker mencionado en el texto lo comprueba y permite introducir la sutil pregunta: “¿No puede llegar a odiar a su profesor el alumno que se niega a aprender?”. Hoy día los estudiantes se resisten a escuchar al profesor porque consideran el tiempo pasado en clase como una pérdida de la (ilusoria) libertad. En realidad, sólo están posponiendo el proceso natural que conduce a la edad adulta y a la obligatoriedad de enfrentarse al silencio, condición necesaria para todo aprendizaje. La paradoja que vive el profesor en la trinchera es el hecho de ser un enseñante incómodo, alguien que invita a mirar las cosas desde las otras muchas perspectivas posibles, y por lo tanto alguien que contribuye a ampliar la libertad individual. Invita sobre todo a mirar la soledad que cada uno lleva por dentro. Una soledad a veces habitada por frustraciones y carencias, pero también por pasiones y aspiraciones. Sólo desde dentro puede empezar el aprendizaje, reflexionando de forma independiente, negándose a asumir verdades absolutas, fomentando el diálogo y la duda. El profesor comparte con el alumno aquella maravilla que es el proceso de

aprendizaje, una facultad innata en todo individuo racional. Lo facilita, puesto que este proceso de independización no se alcanza sin la ayuda de otra persona. No cabe duda de que es imprescindible la presencia de maestros adecuados –como fue Sócrates para el esclavo de Menón-, profesores enseñantes por vocación, capaces de potenciar las habilidades de los alumnos sin autoritarismos pero manteniendo la propia dignidad personal y profesional.

José Sánchez Tortosa nos ofrece un diagnóstico riguroso pero no aséptico. En sus palabras apasionadas se refleja toda la seriedad, la competencia y la dedicación que anima su personal batalla contra la ignorancia. A través de un estilo brillante y desenfadado llega a ser irónico a pesar de la gravedad del asunto, desilusionado pero nunca desesperado, y a veces hasta conmovedor y poético.

La metáfora bélica del íncipit a lo largo de la lectura se convierte en fuerza vital creadora y acaba en una declaración de amor a la vida y a las infinitas posibilidades que nos brinda el saber.

El profesor en la trinchera conoce la importancia de seguir luchando aunque sea para establecer un contacto flébil con los que por error le consideran un enemigo. Cumple un esfuerzo doble, pero le anima ese motor poderoso que es la pasión por el conocimiento. Sólo pide que nunca se interrumpa la comunicación y para esto necesita la colaboración de todos los que se preocupan por el futuro de nuestras sociedades. Aunque cansado, no pierde las esperanzas de que, pronto o tarde, al enemigo le sorprenda la duda y se le ocurra dirigir la mirada hacia su interior. Lo empuja la ilusión de que algún día el alumno-enemigo se convierta en un apasionado de sí mismo, y así pueda entender, aunque sólo sea, la simple diferencia entre existir y (sobre)vivir.